



LA MONTAÑA PELADA

VOLUMEN VI

Título original: *Rua de captius*
1ª edición catalana: 1981

© 2014, herederos de Francesc Grau Viader,
por la novela original
© 2014, Marta Marín-Dòmine, por el posfacio
© 2017, Damià Alou, por la traducción
© 2017, Club Editor 1959, S.L.U., por la edición

Publicado por Club Editor
Carrer Coves d'en Cimany, 2
08032 Barcelona
www.clubeditor.cat

ISBN: 978-84-7329-213-9
Depósito legal: B 24374-2016
Diseño de colección y cubierta: Ángel Uzkiانو
Impreso por Romanyà Valls

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

La traducción de este libro ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

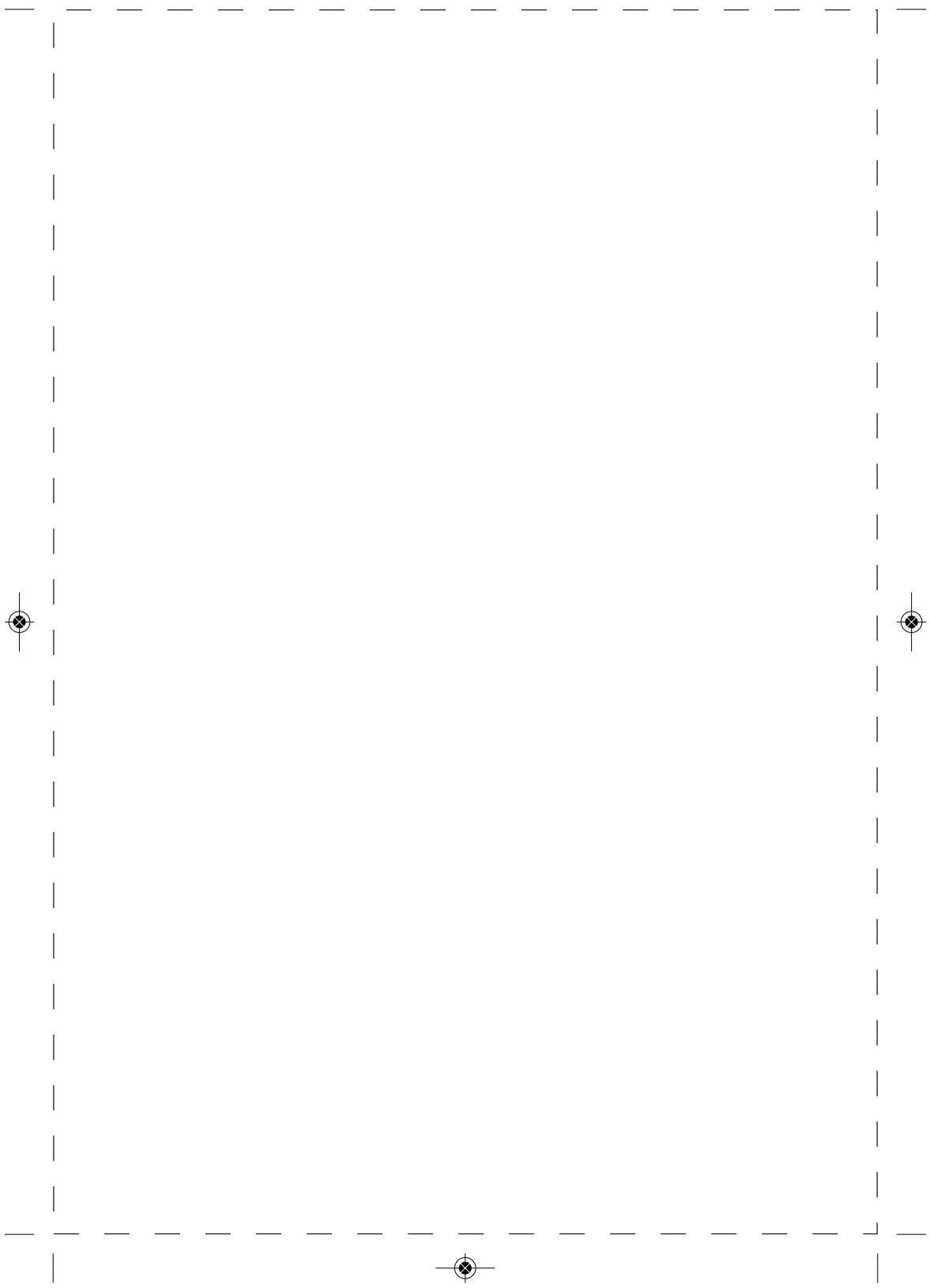
LLL institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Francesc Grau Viader

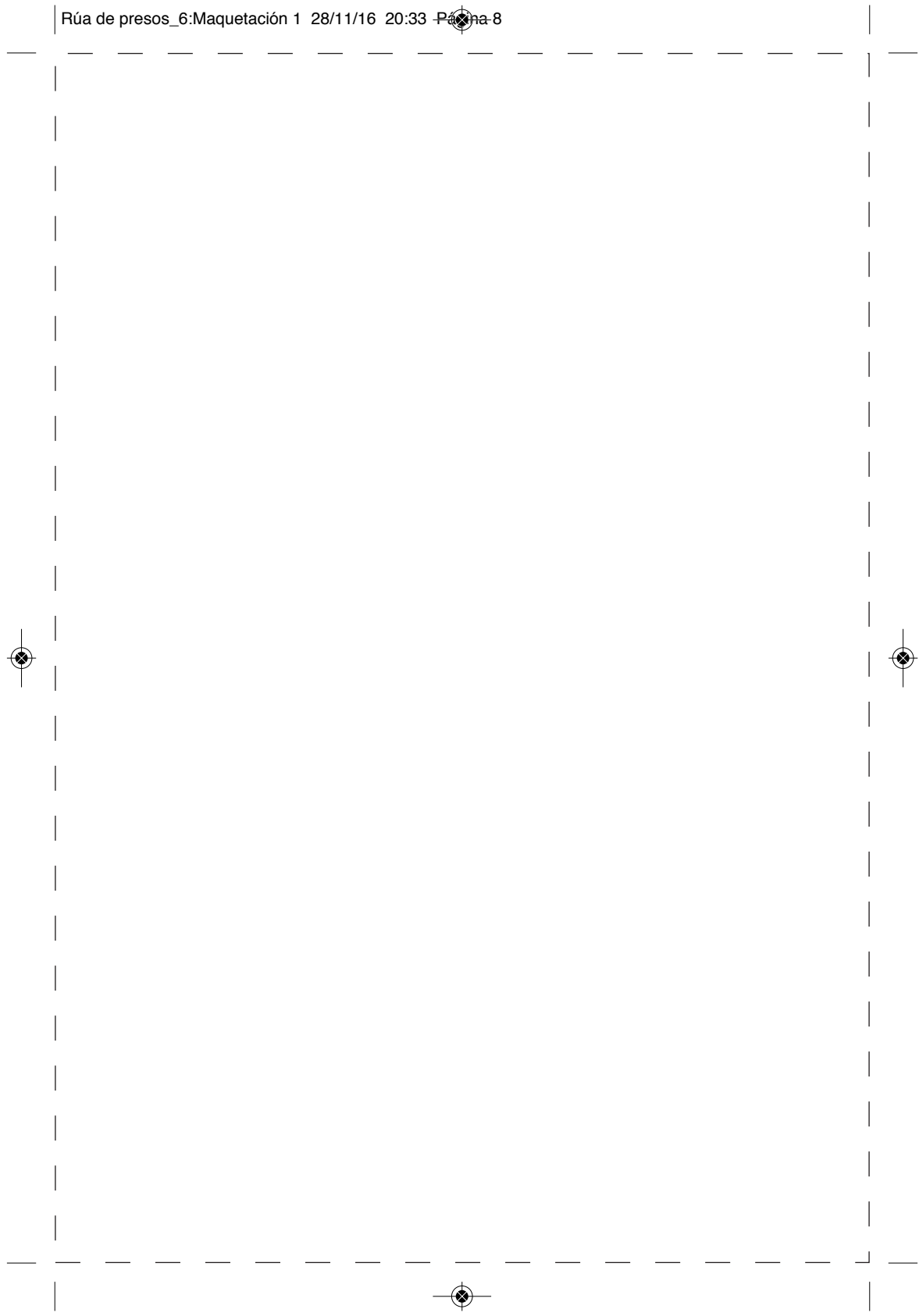
Cautivos y desarmados

Traducido del catalán por Damià Alou
Con un posfacio de Marta Marín-Dòmine

CLUB EDITOR
BARCELONA

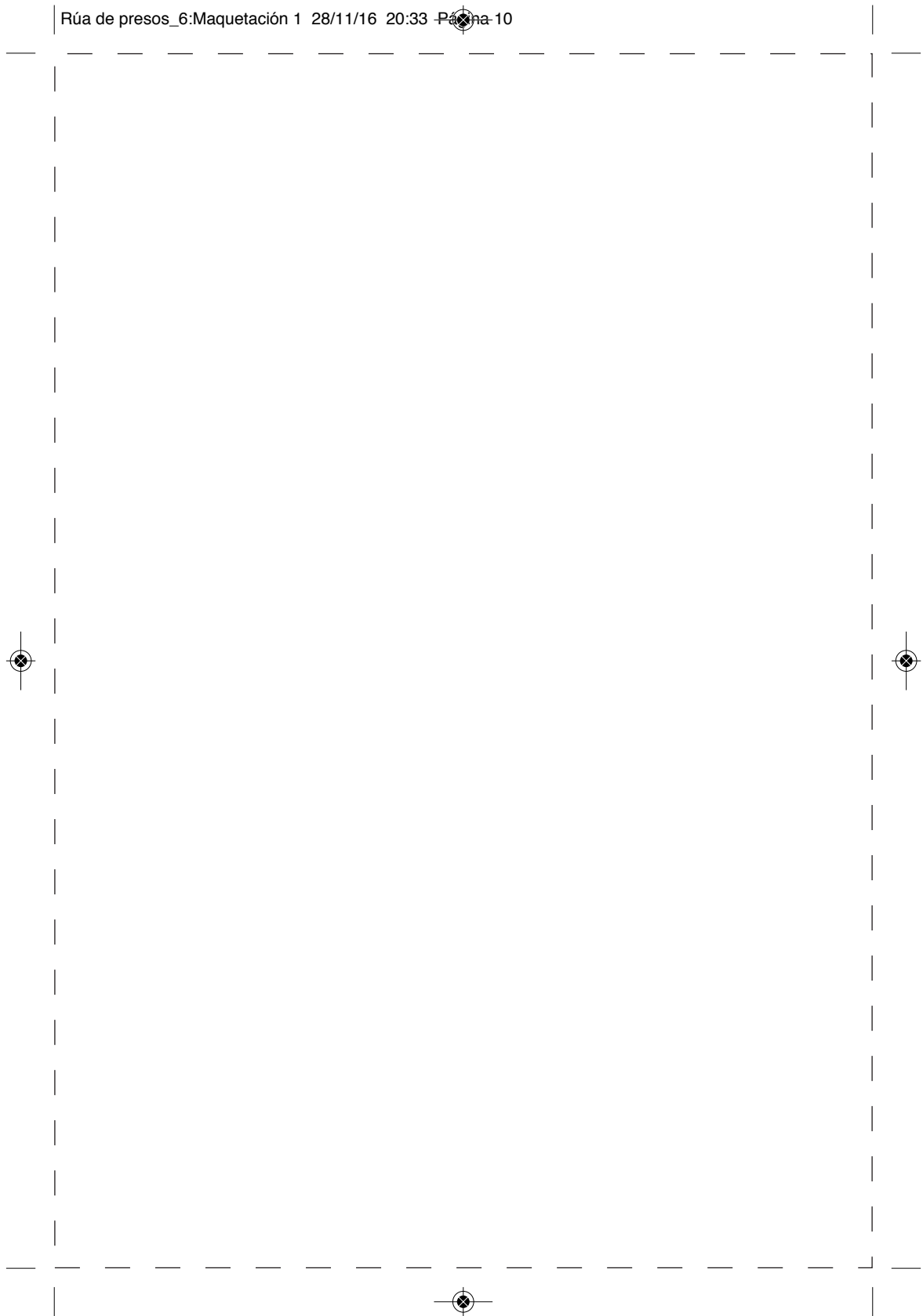


A mis hijos: Maria Mercè, Anna Maria, Francesc y Montserrat, quienes, faltos de información como tanta gente de su edad, me han preguntado en diversas ocasiones cómo eran los campos de concentración españoles.



Los campos de concentración fueron construidos sobre el odio y el desprecio del hombre en nombre de una ideología demencial.

JUAN PABLO II
(Auschwitz, 7 de junio de 1979)



A modo de prólogo

Una madrugada brumosa y fría del mes de febrero de 1939, crucé la verja de la alambrada que cerraba el campo de concentración de Miranda de Ebro y, acompañado de una larga columna de prisioneros de guerra, salí para incorporarme al Batallón de Trabajadores número 9 de condenados a trabajos forzados. Por aquellas fechas se encontraba en el frente de Granada, concretamente en Las Alpujarras. Los hombres allí asignados lo mismo construíamos carreteras —una labor durísima, bajo la vigilancia constante de soldados armados— como nos dedicábamos de noche a fortificar las posiciones nacionales en los puntos que ofrecían mayor peligro, o tendíamos alambradas en los lugares más batidos por las ametralladoras. Por fortuna, los soldados republicanos que ocupaban las trincheras opuestas sabían muy bien que éramos sus compañeros y procuraban no disparar mientras los prisioneros de guerra llevábamos a cabo nuestra obligada tarea.

En el momento de dejar el campo, me hice el propósito de no volver a Miranda de Ebro. Estaba resuelto a no pisar nunca más, en lo que me quedara de vida, aquel recinto cercado por alambradas, aquella tierra negruzca y árida donde tantas calamidades había sufrido —angustias, miseria y malos tratos que había soportado con la resignada impotencia de los vencidos.

Pero he aquí que cuando decidí escribir este libro me pareció imprescindible visitar el escenario donde se desarrolla la mayor parte de la narración. En contra de lo que me había propuesto —¿cuántas resoluciones firmes no se me habrán ido al traste en el transcurso de cuarenta años?—, regresé a Miranda de Ebro. De forma casi inconsciente, mis pasos me llevaron a las afueras de la población, hasta que me encontré pisando otra vez el suelo negruzco donde, en otros tiempos, estaba el campo de concentración. En el vasto recinto que ocupaba se alza hoy una moderna factoría de productos químicos. Unas espaciosas naves industriales han reemplazado a los barracones de madera de los presos; enormes esferas de metal rutilante ocupan el lugar donde estaban la explanada central y la tarima con un mástil altísimo en el que, todas las mañanas, se izaba la bandera española, arrullada por el canto destemplado de los presos y arriada al atardecer entre los vítores de rigor y los insultos con que el comandante del campo increpaba a los millares de hombres en formación impecable, como una hilera interminable de espantajos. Ya no queda ni rastro del cuerpo de guardia, el economato, la enfermería o la fuente —la única fuente del campo— ante la que había una cola perpetua, excepto cuando los sargentos la disolvían a garrotazo limpio, sin contemplaciones ni previo aviso, cada vez que en las cocinas necesitaban limpiar los cacharros o llenar las perolas con el agua que, ligeramente coloreada y con el exagerado nombre de “rancho”, nos servían en la lata que usábamos de plato. Las calles compuestas por las actuales edificaciones, anchas y con parterres floridos, no recuerdan en absoluto a los callejones cubiertos por la nieve o por un palmo de lodo donde, si el tiempo y los guardianes lo permitían, los presos famélicos,

andrajosos, plagados de piojos y sarna, salíamos a buscar el calorcito de un sol que muchas veces —como la piedad humana, como la propia vida— nos daba la espalda y se eclipsaba tras unas nubes preñadas de malas intenciones.

Más allá de aquella tierra negruzca, que yo tantas veces había maldecido, no quedaban muchos vestigios del antiguo campo de concentración. Pero el paisaje que se atisbaba me resultaba dolorosamente familiar: la estación del ferrocarril, un importante nudo de comunicaciones, con las marquesinas de hierro colado a ambos lados; la espesura de las vías muertas, una de las cuales se extiende hasta la entrada de la fábrica; los vagones de carga, dormidos noche y día sobre unos raíles que no llevan a ninguna parte; los montones de traviesas, perfectamente apiladas y embadurnadas de alquitrán; los talleres de reparación de material ferroviario, pegados a la vía, tras una cerca desportillada, renegrida por las bocanadas de humo que han ido vomitando las máquinas de vapor; los edificios de Miranda de Ebro, entre los que destacan en primer término los de construcción reciente...

Rodeé la fábrica por un sendero que hay entre la vía de Bilbao y los restos de una pared, de unos tres palmos de altura, que sobrevivió a la construcción de la factoría más hacia el interior, de forma que el viejo muro se conserva como linde. Ancho y chapucero, había sido el cerco del campo de concentración: aún se ven en él los hoyos de las estacas que sostenían los alambres de espino. Unos centenares de metros más allá, el muro tuerce hacia la derecha y sigue la orilla del Bayas, afluente del Ebro, cuyo caudal, muy escaso en verano, crece extraordinariamente al empezar la estación de las lluvias. En medio del río, desgastados por los casi constantes lengüetazos

del agua, quedan al descubierto los basamentos del andamio pringoso y resbaladizo que los prisioneros llamábamos “el barco”.

Me senté sobre el muro vetusto que antes vallaba el campo de concentración. Esta vez, ningún centinela amenazó con pegarme un tiro ni el vergajo me mordió las costillas.

El sol rodaba hacia el horizonte en uno de esos atardeceres de comienzos de otoño en que el crepúsculo arde con una diáfana rojez sanguinolenta. Un viento helado y molesto rasgaba las pocas nubes que empañaban el firmamento. Yo estaba tan distraído que de pronto me sobresaltó el pitido de un tren que reducía la marcha al acercarse a la estación. Ningún pasajero curioso se arrimó a las ventanas de los vagones, ninguna mano lanzó el desayuno más allá de las alambradas, ni lo cazó al vuelo ninguno de los presos hambrientos que acudíamos a las proximidades de la vía cada vez que llegaba un tren, con la esperanza de que cayera un mendrugo de pan, por extraño que fuera. Los años no habían pasado en vano: ya no existía el campo de concentración, ni las alambradas, ni los presos. Incluso los trenes son diferentes. Ahora la línea es eléctrica, y las locomotoras de vapor que oscurecían la tierra con su carbonilla fueron sustituidas por un material más moderno. Los viejos vagones de madera, movedizos, traqueteantes, también han sido reemplazados por otros más cómodos, de hierro.

Intentaba encender un cigarrillo, pero el viento apagaba la llama del mechero de gas con tanta obstinación como la que invertía yo en prenderlo. Ya me resignaba a no fumar cuando un hombre que pasaba por el camino me ofreció un mechero antiguo, uno de aquellos artefactos de mecha gruesa que quema sin llama y que el viento, en lugar de apagar, aviva. Era

un hombre de unos setenta y cinco años, alto, robusto, un tanto cargado de espaldas, que caminaba apuntalándose en un cayado arqueado como sus piernas y nudoso como sus manos.

—¿Sabrá encenderlo? —me preguntó.

No solo supe encenderlo, sino que me trajo a la memoria unos pensamientos que atizaron aún más la emoción de los recuerdos. Al devolvérselo, me creí obligado a pronunciar algunas palabras más allá de las fórmulas habituales de agradecimiento y le hablé del tiempo, del viento...

—¡Esto no es nada! —exclamó—. Si estuviera usted aquí cuando sopla el norte...

Le dije que un viento tan frío resultaba impropio de la estación en que nos encontrábamos.

—¡Anda la leche! —exclamó, riendo—. Se ve que usted no conoce esta tierra en invierno.

El hombre me brindó una larga explicación del viento de aquella región y del frío intenso que hace en invierno.

—¡Aquí el norte pega unos zurriagos! ¿Y la nieve? ¿Qué me diría usted de la nieve? En enero estamos con nieve hasta aquí —dijo, señalando una altura de cuatro palmos con el cayado en horizontal.

El buen hombre, simpático y parlanchín, aceptaba la conversación y me daba todo tipo de detalles vivamente complacido.

Pregunté por los edificios que se veían al otro lado de la vía.

—El de más allá es la fábrica de abonos Geínco y aquel otro la azucarera de Leopoldo Ebro. Los de detrás de la tapia son los talleres de reparación de material ferroviario. ¡Pues no los conozco yo bien!

A continuación, sin que le preguntara, el hombre se refirió a la fábrica de productos químicos.

—Aquí donde la ve, fue construida en los terrenos que ocupaba uno de aquellos fatídicos campos de prisioneros. Me refiero a prisioneros de la guerra civil... Usted ya me entiende. Aquí mismo donde está usted sentado había una garita de centinela y más allá otra, y antes de llegar al río otra... Mire, mire: todavía se ven las huellas en el suelo.

Y con la punta del bastón resiguió unas marcas en el pavimento.

Como el tema me interesaba, le hice algunas preguntas.

—Donde está la entrada de la fábrica se encontraba la puerta del campo, y donde se levantan aquellas naves se alineaban los barracones. Todavía me acuerdo de que el primero fue construido aprovechando el maderamen de un viejo circo. Aquellos pobres prisioneros —dijo, sacudiendo la cabeza— saben lo crudo que es aquí el invierno. Y por si fuera poco, los molían a palos y los mataban de hambre. Si yo le contara...

Se quitó la boina y la golpeó contra su rodilla. Luego la volteó unas cuantas veces y la volvió a golpear, como si quisiera sacarle cualquier mota de polvo. Con el cayado señaló unos edificios.

—¿Ve aquellas casas? Pues se construyeron gracias a la comida que robaron a los presos. Y las de más allá lo mismo. Aquello fue una merienda de negros. Se lo digo yo, que lo sé muy bien. Por aquel entonces trabajaba en los talleres de reparación... ¡Sí, señor, en esos de ahí! Desde mi lugar de trabajo me enteraba de todo. Una mañana vi que, por este mismo sendero, se acercaban unos soldados en dirección al campo. De entrada no le di importancia y seguí trabajando. Pero cuando

los tuve cerca me di cuenta de que llevaban un preso. Más tarde supe que el muchacho se había fugado aquella noche. El pobre tuvo mala suerte. Había estado nevando durante muchas horas, y apenas abandonó el campo dejó de nevar. De madrugada, la ronda descubrió un boquete en las alambradas y unas pisadas que se alejaban hacia allá.

El hombre volvió la cabeza señalando el norte. En esa dirección, las montañas presentaban un perfil bastante más ondulado que en los demás puntos.

—La captura resultó la mar de fácil. Solo tuvieron que seguir las huellas. Ya le he dicho que el chico tuvo mala pata. Si por lo menos hubiera continuado nevando, ¡la misma nieve se habría encargado de borrar sus pisadas! Al llegar aquí, precisamente donde nos encontramos nosotros, el muchacho...

—... echó a correr, se encaramó a esa tapia de los talleres donde trabajaba usted y, cuando se disponía a saltar, cayó al otro lado acribillado a balazos —proseguí yo.

—¡Sí, señor! Cuando me acerqué...

Me miró con un destello de suspicacia en los ojos.

—¡Oiga! ¿Cómo lo sabe usted? —preguntó receloso.

Entonces le expliqué que yo mismo había estado encerrado en aquel campo y que había presenciado la escena desde la explanada.

—¡Rediez! —exclamó—. Ya me parecía a mí que usted preguntaba mucho...

La conversación todavía se alargó un buen rato. Cuando el hombre se despidió para reemprender su camino —con las piernas arqueadas apuntándose en el cayado nudoso—, el sol ya se había escondido tras las cumbres escarpadas que delimitan la llanura a poniente.

En la estación cercana acababan de encenderse de golpe las luces de los andenes. En el cielo lejano se apagaba el crepúsculo e iba encendiéndose, poco a poco, un hervidero de estrellas.

Antes de marcharme contemplé, por última vez, la fábrica de productos químicos. La creciente oscuridad iba desdibujando las enormes esferas metálicas, las naves industriales, los parterres con flores... De la tarima, con su mástil altísimo, y de la fuente —la única fuente del campo—, y de los barracones de madera, y de tantas y tantas cosas, tan solo quedaba el recuerdo. También se habían esfumado más de cuarenta años de mi vida, y con ellos, si es que alguna vez había existido, el más insignificante vestigio de resentimiento.

Octubre de 1980